

Sentirse parte de su mundo era muy simple. Bastaba con cerrar las ventanas y las puertas, prender la luz de la veladora, prender la radio y prender la emoción que encontraba cada noche detrás del cuadro.

Su cuarto era un área cuadrada de pocas dimensiones perfecta. La tabla de ajedrez que componía el piso estaba siempre lustrada y podía perfectamente funcionar como espejo. Al lado de la cama, hacia la izquierda, había un ropero de madera robusta. Al lado de la cama, hacia la derecha, estaba el ventanal que daba a uno de los balcones con vista al gran parque. Las paredes, impolutas, solamente lucían una pintura de su figura: ella sentada en un sillón en posición erguida con los pies y las manos sutilmente cruzadas; no vale la pena describir las facciones porque estaban tapadas por un tul. El cuadro era horroroso a su parecer, pero su madre insistía que era necesario tener una imagen presente para que aclarara quiénes somos y pudiéramos imaginar, al dormir, con nuestro futuro. De esta forma el cuadro estaba colgado en la pared que enfrentaba la cama.

Durante el tiempo que había vivido, no había hecho más que ser la hermosa hija del Conde que era presentada una y otra vez ante la sociedad, aunque con dos fines distintos: ser la prueba de que el Conde era un ser digno y ser la mira de otros hombres poderosos que necesitaban establecer vínculos parentales con el gran señor de la colonia. Época difícil. No había forma de que pudiera prender la luz que habitaba dentro. Lo entendió desde pequeña, ella no podría salir corriendo como Estela, la hija de la criada. Tardes pasaba viendo la libertad de Estela, quien corría, se ensuciaba junto a los animales de la finca, se reía mostrando todos sus dientes y sin tener que respetar la palabra discreción. Lo entendió desde pequeña cuando le mostró a su madre que había hecho un lienzo en la pared de su cuarto, la representación de Estela en lo que parecía un mundo feliz. Su madre le demostró con regaños y con determinación que ella era de otro mundo, de un mundo silencioso. Ella debía comportarse y debía ser lo que se esperaba de ella, la futura esposa de otro. Fue así que su madre, le recordó a temprana edad que su vida sería estar sentada en un sillón con una posición estática, con una sonrisa estática, con una mirada estática.

Una noche, sumida en el mar de lágrimas que su madre había provocado meses atrás al establecerle una cruel realidad, decidió tomar el cuadro de la pared para tirarlo por el balcón. Viendo el cuadro en el aire, pensó que si le mostraba a su madre el enojo, no lograría prender su luz interior. Nadie la escucharía, nadie le daría la razón. Las cartas estaban echadas y ella debía seguir las reglas del juego. Con mucho enojo, volvió a entrar

el cuadro. pero cuando lo fue a colgar volvió a conectar con su luz. La pared lucía impoluta, pero no era negativo, era la situación ideal. Tenía un lienzo para pintar.

En 1980 la mansión de los Holgueira se subastó. Quien la compró se sorprendió al ver una habitación completa de cuadros. Realmente las paredes se encontraban atiborradas de horribles pinturas de una niña petrificada en diferentes fondos. Al principio pensó que era un horror, pero después entendió que los cuadros podrían darle mayor ganancia al venderlos a museos. En definitiva los Holgueira habían sido un apellido de renombre en Montevideo, dado que habían sido una de las familias fundadoras de la ciudad. Nunca imaginó encontrar algo más allá de las imágenes. Parada en el medio de la habitación, observó atónita la habitación entera. Esas paredes contaban la historia de una voz silenciada. Las pinturas mostraban diferentes emociones y sucesos de la vida de Hilda Holgueira. Contaban las malas lenguas, que en el siglo XVIII, cuando los campos aún abominaban nuestra ciudad la familia Holgueira había recurrido a ellos para desterrar a su hija. Hilda había logrado espantar a sus pretendientes porque estaba poseída por un demonio. En la oscuridad de la noche, Hilda pintaba desenfrenada las paredes de su habitación con imágenes satánicas de niñas desnudas corriendo por el pasto. Al principio, sus progenitores habían optado por emprolijar las paredes, pero luego de varios intentos entendieron que era mejor dejarla sin espacio. El párroco de la ciudad les había advertido de que Satanás había invadido el cuerpo de su hija. Tristes por la noticia, el Conde y su esposa, optaron por ir tapando el pecado con cuadros; la situación se hizo insostenible. Hilda, la satánica, fue enviada a una torre en el medio del campo, para ser incendiada por su madre tiempo después. Ninguna madre en aquella época hubiera entendido que la luz nocturna que quemaba a su hija por dentro no era otra cosa que la voz interior que gritaba hacia afuera.